

LETRAS

letrillas

LETRONES

COLOQUIOS

Cita en Sevilla

Quiero hacer un poco de historia. No historia con mayúsculas sino historia de la literatura –que es más importante que la otra historia–.

A mediados de los años sesenta hubo un brote literario que recorrió el mundo. No era el fantasma de la literatura, era literatura viva. Ocurrió entonces eso que se llamó con impropiedad pegajosa el Boom. Ese auge parecía venir de un solo país. Y de hecho, si se le pregunta a un inglés en la calle qué cosa es Sudamérica, responderá: “Es un país de América del Sur”. La confusión viene de que hay un país en África llamado Sudáfrica y no es más que un país al sur de África. Pero Sudamérica no es un país: es un continente, y si admitimos a México y a la América Central y el Caribe es un continente y medio con casi veinte países diferentes. La confusión hizo su obra maestra cuando em-

pezaron a venir libros en forma de novelas de todos esos países –excepto Brasil– en los que se habla y se escribe el español en América. Parecía que esa verdadera avalancha de novelas venía de un solo país, para desmentir al crítico literario que enunció: “América, novela sin novelistas.” Ahora era América con demasiados novelistas.

El cataclismo literario comenzó cuando Mario Vargas Llosa fue premiado con el Premio Seix-Barral por una novela titulada *La ciudad y los perros*. El título no era brillante, pero la novela sí lo era. Era una novela moderna escrita con medios modernos: era casi perfecta. Era una obra maestra con imperfecciones. Estaba escrita en un español implacable aunque describiera algo podrido en el Perú. Era exótica y era tóxica: se leía de un tirón de principio a fin y su ambiente –una escuela militar– y sus personajes –algunos alumnos de esa academia– eran de carne y hueso literarios. Había pocas novelas, españolas o no, que estuvieran tan bien escritas y si

el Premio hizo a la novela, la novela por su parte hizo al Premio. Desde entonces el Premio Seix-Barral cobró un prestigio inusitado. Es más, a partir de ahí los premios dados por Seix-Barral a los novelistas sudamericanos fueron abrumadores. No hace mucho, en la entrega del Premio a Gonzalo Garcés un periodista exclamó casi con pena: “¡Otro sudaca!” Lo dijo alto como para que yo lo oyera y lo oí y lo anoté.

Ahora voy a hablar de otro sudaca.

Yo fui miembro del concurso Seix-Barral que premió *En busca de Klingsor*. Cuando leí la novela en manuscrito creí que el autor era alemán, tal era su mimetismo. Fue un pequeño error que un alemán no podía cometer (hablar de la conocida avenida berlinesa Unter den Linden y escribir *der* por *den*) y ya no pude precisar su origen. El manuscrito venía con un título provisorio y firmado con un seudónimo. Cuando se revelaron el título verdadero y el nombre del autor y su nacionalidad mi asombro se hizo grande: ¡Jorge Volpi era mexicano! Es verdad que la novela estaba escrita en español, pero su lenguaje simulado, el nombre del protagonista y las referencias y revelaciones venían de falsos científicos alemanes con nombre verdadero y su participación en la fallida construcción de la bomba atómica nazi. El mimetismo de Jorge Volpi (y lo digo con admiración) era asombroso, magistral. (La mimesis es la madre de todas las parodias.)

Ya sabemos el recorrido que ha hecho *En busca de Klingsor* al ser traducida a varias lenguas y hasta he leído la versión al inglés, que con su uniformidad de lenguaje no ha podido imitar las sabias formas del alemán, el inglés y el danés que concibió y ejecutó Volpi. Su novela es un verdadero *tour de force* y es difícil que tenga imitadoras, pero tendrá seguidores al comprender que un autor que escribe en español puede, como muchos autores que escriben en inglés y en otros idiomas europeos, desentenderse no sólo del peso específico (ya estoy hablando como escribe Volpi) del español, sino hacer que sus personajes tengan otras lenguas maternas,

otras nacionalidades.

(*Amphytrion* de Ignacio Padilla es otro buen ejemplo de mimetismo creador. Padilla, además, maneja un lenguaje sabiamente depurado. Su novela es estrictamente contemporánea a *Klingsor*. Lo que la hace aún más interesante si cabe.)

Basilio Baltasar tuvo una idea peligrosa: animar a una momia. La momia era, ya lo habrán adivinado, el premio Biblioteca Breve, que Seix-Barral codeó un día a la momificación literaria. Muchos aun dentro de la empresa opinaron que no habría vivificación posible: el premio estaba muerto. Pero no enterrado. Asistí a la ceremonia —¿o era “ceremomía”? Pero fue el propio Basilio Baltasar el que triunfó ese día y resucitó el premio con un pase de mano y una convocatoria. El resultado lo conocen ustedes; ganó ese primer premio, que era una resurrección, *En busca de Klingsor*. No era una primera novela (su autor había escrito otras que pasaron inadvertidas), pero era lo suficientemente novedosa como para parecerlo. Como miembro del jurado yo estaba feliz de haber ayudado a premiarla.

Con *En busca de Klingsor* había nacido, era evidente, otra clase de novela. Era novedosa pero no era derivativa. La crónica de la búsqueda y encuentro con los científicos nazis y alemanes no le debía nada a nadie. Todos, entre los primeros Basilio Baltasar, saltamos de gozo: no era el parto de una montaña sino una *rara avis*. El parto del arte revivió al premio y a la editorial, y el Biblioteca Breve volvió a tener sentido.

Creo de veras que *En busca de Klingsor*, como *La ciudad y los perros* en su tiempo, abrirá nuevos caminos para la literatura que se escribe en español, ya sea de España o de América. Ya está ahí Gonzalo Garcés con su extraordinaria primera novela. Habrá, estoy seguro, otros. Tal vez hasta se oiga de nuevo la vieja queja: “¡Otro sudaca!” Hubo otro título y otro nombre (Mario Mendoza y *Satanás*) que venían también de América, y algunos críticos se encargaron de denostarla sin emitir la consigna de siempre. Ahora, Adolfo García Ortega

había convocado otros demonios al reunir a todos —o casi todos— los escritores jóvenes de América en un evento cuyo éxito literario era patente. Seix-Barral reunió en Sevilla a todos o aparentemente todos los escritores jóvenes de América que escriben en español. Las sesiones de este congreso mínimo con aspiraciones máximas tuvieron lugar en tres días en Sevilla. Y fue una congregación feliz.

Los diarios de Sevilla —y particularmente *El diario de Sevilla*— acogieron el pequeño congreso como la novedad literaria que era. Decía una nota de primera plana: “Los escritores latinoamericanos piden en Sevilla que no les comparen con el *Boom* de los 60.” La información en las páginas de cultura decía debajo de una foto de grupo: “Los escritores latinoamericanos contra los clichés.” El título mismo acogía el cliché de latinoamericano al designar a los doce reunidos. Pero la intención no estaba lejos de lo que ya había designado Lázaro Carrereter como “idea recibida”. A esta hora nadie sabe dónde y por qué se originó el adjetivo pegajoso de *latinoamericanos* cuando sudamericano habría bastado y sobrado. Pero, en todo caso, los reunidos, como los apóstoles, eran doce. Había sin embargo un decimotercer apóstol que estaba lejos, en México, pero su mensaje era atendible.

Bajo una errata bienvenida decía la información: “*Rómulo Gaññegos*. Fernando Vallejo donará su premio a los perros de Caracas” —y luego continuaba: “*Méjico*. El escritor colombiano Fernando Vallejo, ganador de la XIII Edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos de Venezuela por *El desbarrancadero*, afirmó ayer que donará los 100.000 dólares del galardón a los perros abandonados de Caracas.” No era una idea original, pero era un buen comienzo aun para la reunión de escritores que venía al lado. “Los participantes en el Encuentro”, decía otra información, “advierten sobre los prejuicios y las comparaciones a los críticos y a los responsables de sus suplementos culturales.” Como no soy crítico ni responsable de ningún suplemento, cultural o

no, puedo ampliar la información.

“*Sevilla*. El Encuentro de Autores Latinoamericanos, promovido por la editorial Seix-Barral y celebrado en la sede de la Fundación Lara, se clausuró ayer con un interesante careo” —careo era el nombre correcto para el evento— “entre escritores del otro lado del charco y responsables de los suplementos especializados de información cultural.” Y aunque no vi a los responsables, puedo hablar de los aspectos más interesantes del llamado careo —que no era un cacareo.

“Se trataba, como detalló Adolfo García [Ortega], director literario del sello”, sin decir que la idea había partido del propio Adolfo en el seno de Seix-Barral, de “motivar un acercamiento” entre unas partes “que siempre están con las espaldas —no las espaldas— en alto, en pugna cordial”. La pugna no es siempre cordial, pero en esta ocasión hubo bastante cordialidad, tal vez porque había una cierta intimidad.

Encerrados estaban todos con un solo tema y una pugna cierta o incierta, pero presentada como una realidad: los lectores (y los críticos) españoles acogen (aunque no siempre) toda una literatura diversa como sólo una. El escritor colombiano Santiago Gamboa lo expresó así: “El cliché del escritor latinoamericano pertenece a otra época.” Sin duda, sin ninguna duda.

Hubo doce autores, pero más de doce libros que los representarían. Voy a tratar de enumerarlos uno a uno por razones de espacio. Estaban: Roberto Bolaño (el primero en aparecer por ser el primero en desaparecer: Bolaño dejó, por malogrado, una estela de tristeza: moriría poco después de terminado el encuentro), Rodrigo Fresán (con el volumen más voluminoso: *Mantra*: solamente la lista de agradecimientos ocupa seis páginas), Jorge Volpi (con *El fin de la locura*, casi una repetición tan brillante como *Klingsor*), Ignacio Padilla (con *Los antipodas del siglo*), Santiago Gamboa (y *Los impostores*: el autor más verbal, que habló de Roberto Bolaño y su *Nocturno de Chile*, porque Padilla con su *Amphytrion*, también premiada, aparece después y antes de la segunda aparición de

Gonzalo Garcés con su *El futuro*, de la que un bien citado *blurb* dice: “sus temas siempre son tratados con una lúcida y misteriosa distancia”). *Todas las mujeres* es de José María Conget, mientras los cuentos de Fernando Iwasaki en *Un milagro informal* son un milagro formal, y *Paraíso travel* de Jorge Franco antecede a *La materia del deseo* de Edmundo Paz Soldán, que tiene la cubierta más sexy de todas, y de nuevo y por último Roberto Bolaño nos deja, antes de desaparecer, sus *Detectives salvajes*, tal vez la mejor de todas las búsquedas formales, informales, infernales. (Hay que decir que las diversas editoriales son todas españolas.)

Cuando la entrevistadora americana, todavía bella, me entrevistó fue para decir: “Uy, ¡cuántos libros!”, y para preguntarme enseguida: “¿Los ha leído usted todos?” “Sí”, le dije, “pero solamente una vez”. Bolaño, que todavía no se había ido, habló del fantasma mayor, Borges. “¿Borges dice usted?” “Sí, Jorge Luis Borges”. “Ah, ¡otro sudaca!” —

— GUILLERMO CABRERA INFANTE
© Guillermo Cabrera Infante, 2003

LITERATURA

Silvina Ocampo: un recuerdo personal

No voy a hablar de la escritora sino de la persona. Conocí a Silvina Ocampo en 1961. Ella tenía 58 años, yo 22. Aun hoy me resulta difícil describir el impacto que recibí: nunca había conocido a una mujer que se le pareciera, ni siquiera lejanamente. No me refiero solamente a su carácter inasible. Su rostro —solía decirse con timidez o reserva— “no era convencionalmente bonito”, pero sus piernas eran espectaculares y sabía lucirlas, doblándolas con frecuencia sobre el sillón donde se sentaba. Su elocución temblorosa, vacilante, muy rápido se imponía como el único instrumento posible para articular las paradojas que regalaba sin énfasis, con un humor oscilante entre lo *faux naïf* y lo juguetonamente perverso. Solía poner un jazmín

en el primer ojal desprendido de su blusa o su vestido; esa flor anunciaba el perfume que usaba.

Yo cumplía por ese entonces funciones más que humildes en una editorial venerable: en general se trataba de dar la cara para rechazar originales que me parecían dignos de publicación; ocasionalmente, de redactar alguna solapa para libros que consideraba deleznales. Silvina iba a publicar allí *Las invitadas* y mi entusiasmo, sólo compartido por Miguel de Torre Borges, compañero de infortunio, me llevó ante ella. Ya la había leído, por supuesto: un año antes, *La furia* me había ganado para el grupo, por aquel entonces casi confidencial, de sus lectores incondicionales; en esa ocasión Alberto Tabbia, amigo de ella y de Wilcock, me había prestado varios de sus libros anteriores.

Superadas las primeras invitaciones a comer en la calle Posadas, empezamos a encontrarnos en otros lugares, generalmente inesperados para mí, y que suscitaban en ella no sé qué asociaciones: por ejemplo en el rosedal de Palermo. Allí llegué una tarde de primavera, a eso de las seis, y la vi charlando animadamente con un hombre enfundado en un impermeable sucio y gastado. Vacilé en acercarme, pero al verme ella me saludó con una sonrisa y me llamó con un gesto: me presentó como “un joven escritor”; el hombre, que no tardó en retirarse, fue presentado como “el exhibicionista del rosedal”. Una vez solos, Silvina me explicó que él le tenía miedo: “la primera vez que se abrió el impermeable, le pedí que esperara un momento y me puse los anteojos”.

En aquellos (para mí encandilados) años sesenta, Silvina me enseñó a apreciar la lectura de la sexta edición de *La Razón*, cuya llegada esperaba impaciente para abordar directamente las noticias de policía. Saboreaba golosamente los eufemismos entonces usuales: “torpe atropello” o “incalificable atentado” por violación, “amoral” por homosexual, mujer “de vida liviana” por sexualmente activa. Me daba como ejemplos de economía narrativa y elipsis las volantas que seguían al título: por



Silvina Ocampo, a la espera.

ejemplo, bajo “Masacre en un cumpleaños” podía leerse “Vicente no quiso descorchar la sidra, dos muertos, siete heridos”. No sé si conocía las historias en dos líneas de Félix Fénéon; supongo que le hubiesen parecido pálidas al lado de ese periodismo que alimentó indirectamente muchos de sus cuentos.

A menudo Silvina no acudía a la cita, o hacía esperar largo rato en uno de los salones de Posadas hasta que Jovita aparecía para decir que la señora había tenido que salir imprevistamente, o que no se sentía bien. Estoy convencido de que estas tácticas tradicionalmente asociadas con la seducción eran en Silvina una expresión entre otras de su miedo a sentirse atada por un compromiso que ella misma había elegido. Un domingo en que Enrique Pezzoni me llevó a San Isidro (Victoria tenía invitados extranjeros y necesitaba figuras de número “que hablaran idiomas”) asistí en el jardín a la recepción de tres mensajes, como en las fábulas tradicionales, que Pepa acercó a la patrona. El primero: “Llama la señora Silvina y pregunta qué hay de comer”; respuesta cortante: “Dígale que no anunciamos el menú”. El segundo: “Llama la señora Silvina y pregunta quién va a estar”; la respuesta, no menos cortante: “No damos lista de invitados”. El tercero y último: “Llama la señora Silvina y dice que se le descompuso el coche”; respuesta: “Dígale

que se tome un remise, que para eso tuvo la Guggenheim". Silvina, desde luego, no fue esperada ni apareció.

Así como a la hermana menor le divertía irritar a Victoria, cuyas opiniones tajantes percibía como agresiones indirectas, cuya vocación cultural le resultaba ajena, a la mayor le repugnaba la tañería de Silvina y juzgaba indecente que siendo rica se hubiese presentado a una beca, y se la hubieran concedido. Silvina practicaba, ya instintivamente, ya con habilidad consumada, ese *never explain, never apologize* que es signo distintivo de las personalidades fuertes, aun cuando exhiban su parte de fragilidad. Solía, por ejemplo, no anunciar sus viajes. Partía hacia Mar del Plata o Europa sin una palabra y sólo al llamarla me enteraba de que se había ido.

Cuando fue mi turno de partir, por tiempo indeterminado, en 1974, Silvina me puso en el bolsillo una hoja de papel de la que no me he separado, donde había copiado uno de sus poemas. Durante mi visita no habló del viaje ni de ese mensaje; sólo recuerdo que me sorprendió haciéndome escuchar un reciente LP de Ike y Tina Turner, cantante que admiraba y había conocido por Marta Bioy. Cuando volví por primera vez de visita a Buenos Aires, en 1985, la encontré disminuida, sus olvidos y distracciones discretamente, risueñamente disimulados por Bioy en la conversación. De lejos me iba a enterar, gracias a Alejo Florín, médico de cabecera de los Bioy y amigo mío, de su ausencia mental, al principio intermitente, luego definitiva. Una noche de diciembre de 1992 o enero de 1993, mientras comían en el difunto restaurante de la Biela, Alberto Tabbia le recordó a Adolfo cuánto le gustaban a Silvina los *Liebesliederwalzer* de Brahms y sugirió que podría ser una buena idea hacérselos escuchar. Días más tarde le pregunté a Bioy por el resultado de esa experiencia; no había habido signo alguno de reconocimiento por parte de Silvina.

Silvina, solía repetir Beatriz Guido, era "un ser mágico". Aplicada a ella, la palabra puede ser entendida en un sentido nada banal; por eso estoy seguro de

que Silvina debe de haberse enterado, de algún modo que no puedo imaginar, de la protección póstuma que me brindó. Un mediodía de diciembre de 1993, Tabbia me llamó desde Buenos Aires para anunciarme su muerte. Recuerdo que abrí una botella de vodka y en su compañía pasé la tarde en casa, releendo cuentos y poemas suyos. A eso de las siete la botella se había vaciado y yo me dispuse a acudir a la cita que tenía con una relación, llamémosla sentimental, que se arrastraba, de mi parte, en la vana espera de una ocasión de herir como yo había sido herido. Apenas nos encontramos, ayudado por el vodka, empecé a ventilar resentimientos, agravios impagos, desprecio llano; en algún momento sentí que iba a vomitar y aproveché para interrumpir la escena, que percibía vagamente como lamentable. Al día siguiente me desperté con un borroso dolor de cabeza pero también con un sentimiento inédito de alivio, incluso antes de recibir por correo la convencional nota de ruptura. Silvina, comprendí, me había sido fiel.

Estas visiones fugitivas, y muchas otras, intransferibles, son parte del bagaje con que los años nos van cargando. La memoria las recorta y ordena según leyes no demasiado diferentes de las del montaje cinematográfico, hasta convertir las en una especie de literatura vivida. Por suerte también están los libros, que son propiedad común, que nuevos lectores no cesan de hacer vivir, y en ellos viven. —

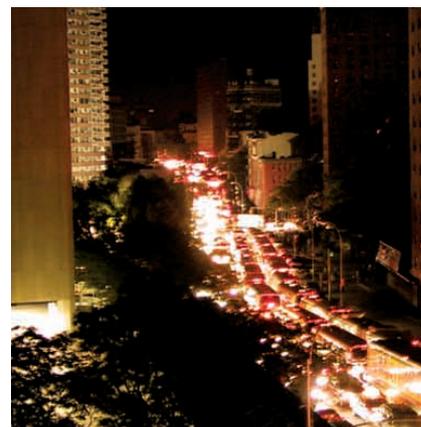
— EDGARDO COZARINSKY

CATÁSTROFES

En el black out

Supongo que la violencia y la catástrofe latente es uno de los atractivos de Nueva York, la capital del mundo ha de ser la capital de la catástrofe. No digo que sea precisamente eso lo que más me atraiga de esta ciudad; prefiero una lectura de ella más a la europea, más de ciudad civilizada, diversa e inabarcable, una línea que estaría bien tratada en las páginas de *Cincuenta*

y tres y Octava, el libro que le dedicó José María Conget. Fue él mismo quien me aconsejó algunas de las librerías y coterías neoyorquinas que más ha frecuentado. Pero el caso es que al poco de llegar a Nueva York perdí la hojita que había escrito para mí y mi compañera, y esa misma tarde la ciudad se quedó sin electricidad en lo que iba a ser el apagón más importante de su historia. Así que, a la fuerza, tuve que quedarme con el Nueva York de las catástrofes.



La ciudad y las sombras.

Mientras atardecía y Manhattan quedaba a oscuras, los contados edificios que disponían de abastecimiento autónomo de electricidad adquirirían un carácter simbólico con el que no contaban. Uno de los edificios fue la Estatua de la Libertad, que, dejando a un lado lo sucedido con las Torres Gemelas, es la construcción catastrófica por excelencia en la ciudad: la imagen de ella que ha calado más hondo en el mundo, la que se sigue encontrando como figura en los puestos turísticos, es la de la secuencia final de *El planeta de los simios*, cuando aparecen sus ruinas levantadas en una playa. Una Inquisición de primates prohibía tener acceso a esa playa, donde se hallaba la verdad, según la película. Me encontraba a la vista de esta estatua, al sur de Manhattan, junto al ferry que lleva a Staten Island, cuando sucedió el apagón. Nadie pensaba que unas horas después los teléfonos móviles de la ciudad, colapsados los sistemas de telefonía, iban a servir a la gente como pequeñas linternas. La verdad es

que ese uso masivo de las pantallas luminosas de los teléfonos, imprescindibles para moverse en el interior de los edificios o del metro, es algo que creo que todavía no habíamos visto en las *disaster movies*.

Otro edificio que quedó con luz es el de la Bolsa de Nueva York, mientras que el de la ONU, por ejemplo, quedaba en tinieblas. Lo cierto es que esto quizá sirva de metáfora de una gran verdad sobre el mundo, sobre qué es lo que manda en él, sobre el sustrato financiero de las cosas y qué es lo que mantiene el relevo del orden durante la noche. No he leído ningún artículo en esta aleccionadora dirección, aunque imagino que los habrá.

Al final del atardecer, cuando ya los rascacielos eran moles oscuras, era difícil no pensar en esas columnas de humo o estiércol con las que los comparaba García Lorca en *Poeta en Nueva York*. Precisamente este libro es prematuro en la línea visionaria y apocalíptica de la ciudad, que ya he dicho que no era lo que yo andaba buscando. Uno de mis momentos preferidos del libro de Conget es cuando le reprocha a Lorca el haber caído en el tópico de retratar Nueva York como lugar sin raíces y deshumanizado, cuando no sólo no es así, sino que además se da la circunstancia de que en ningún otro lugar del mundo como ahí podía un Lorca dar salida a su homosexualidad. ¿Qué esencias eran entonces las que reivindicaba este poeta con su libro? ¿Las que le iban a llevar al barranco de fusilamiento? Digamos, en todo caso, que el poeta andaluz tuvo un momento de referencia inevitable durante esa noche del 14 de agosto, cuando las multitudes atravesaban los puentes entre las sombras.

También hay una lectura cómica de la catástrofe, y es que cuando, en un bar iluminado con velas, nos contaron lo que estaba pasando, esto es, que en nueve segundos desde Ottawa y Toronto a Detroit y Nueva York se habían quedado sin electricidad, lo que venía a la mente, ante una cosa tan desproporcionada, era un Homer Simpson de turno comiendo donuts en la sala de segu-

ridad de su central nuclear. Y lo cierto es que luego, conforme pasaron los días, esta tesis era la que se hizo fuerte, la de que la causa del apagón fueron varios fallos humanos sucesivos. No se trata en este artículo de glosar las críticas al sistema de monopolios privados en que ha caído el sistema eléctrico norteamericano, pero no deja de llamar la atención que el presidente Bush, en lugar de resultar perjudicado por un fallo nacional de tal magnitud, haya salido casi indemne, o casi reforzado después de todos los elogios al comportamiento ejemplarmente cívico de la población, en esta especie de ensayo masivo de alarma con el telón de fondo del terrorismo. Y es lo que tiene el terrorismo, que sirve a figuras como Bush o Aznar, además de para darse un aire ellos mismos, de gran mantón con el que hacer que parezcan pequeños el resto de los problemas. Por su modo de actuar, cualquiera diría que hacen lo posible por mantenerlo vivo a toda costa.

La tesis latente es que la ciudad, en estos años, se ha hecho adulta y responsable. Repetidamente se ha contrapuesto el comportamiento de los ciudadanos en esta ocasión con lo ocurrido durante el apagón, a menor escala, de 1977, cuando abundaron los saqueos y actos vandálicos. Los sentimientos patrióticos aún candentes, dos años después de los atentados a las Torres Gemelas, han hecho de escudo en un primer momento a la hora de señalar hacia los responsables de un desastre como el de este mes de agosto. Por no hablar de las tesis más o menos razonadas que uno puede encontrar en Internet, ese gran ojo paranoico (que seas paranoico no quiere decir que no te sigan, etcétera), según las cuales la causa del apagón en cadena son virus informáticos (Lowsan, Blaster...). Esto no podría darse a conocer porque pondría en peligro más todavía la seguridad de todo el sistema, se viene a decir. De ser todo esto así, el subgénero del catastrofismo informático tendría en lo sucedido el 14 de agosto su gran epopeya y la vía abierta a ensoñaciones todavía más ambiciosas.

El famoso lado gótico de Nueva

York, llamada Gotham por Washington Irving y por los creadores de Batman, el gótico de los superhéroes y malvados asomados a las gárgolas de las azoteas, de la arquitectura vertical y alucinadora, todo eso tenía el acompañamiento esa noche de las llamas de cientos de miles de velas. Yo ya he dicho que en esa estancia en Nueva York buscaba la amable civilización y no el apocalipsis, pero que la imaginé que me tocó presenciar fue ésta. Como Woody Allen, me siento más próximo al aire acondicionado que al papa. Y, en general, tiendo a pensar que al hombre le es más propia y saludable la ciudad que la naturaleza. De hecho, un elemento natural que hubo que utilizar esa noche, las simples velas, produjeron sesenta incendios declarados en Nueva York. En fin, caídas las elegantes y limpias Torres Gemelas, parece que el predominio de las alturas de la ciudad ha vuelto un poco a sus torres de remate de fantasía, que siempre al final es un poco gótica.

Si se piensa, el apagón del 77 tenía elementos que lo hacían "más gótico", dentro de la estética que ha desarrollado posteriormente este estilo. Me refiero a los elementos de terror que contuvo, principalmente el del caso de David Berkowitz, un asesino en serie que andaba actuando esos días por las calles, y del que se temía una nueva acción al amparo de la oscuridad. En cambio, la sombra del terrorismo, que es lo que había en el apagón de este verano, pertenece a otro género. Por las aceras de Manhattan andábamos una multitud oscilando interiormente de unos géneros a otros, una indefinición que de algún modo nos hacía modernos. Y también estaba el género musical, porque no creo que esa noche hubiese una sola guitarra en Nueva York que se quedase en su funda. Como testigo presencial, puedo decir que en no pocos casos esto supuso una tragedia añadida. En fin, la gente bajó a las aceras a entretenerse como pudo. En Union Square se organizó todo un multitudinario concierto de jazz. Como la cosa continuaba bien entrada la madrugada, hubo vecinos que se dirigieron a la policía

para quejarse y tratar de parar aquello. Esto hizo pensar a algunos que hasta en las ocasiones más extremas ciertos comportamientos sociales se repiten.

En un día cualquiera, desde cualquier punto de las aceras de Nueva York en que uno se encuentre es posible que no alcance a ver una papelera, pero lo que es casi seguro es que tendrá a la vista una pistola. Me refiero en concreto a las de los policías, apostados en cada esquina. Uno piensa inevitablemente que, de algún modo, esto no deja de ser una meditada atracción. Eso, junto con el que cada poco, esté donde esté uno, se oiga el paso de sirenas de ambulancias y vehículos de urgencia, crea entre ese extraño humear de las alcantarillas un estado mental de emergencia por momentos ciertamente tonificante, algo que nos mueve a la vida y a la actividad.

Esa noche los cristianos de mi hotel se quedaron sin poder leer la Biblia que la dirección deja en cada mesilla. Yo me hubiese conformado con poder ducharme, algo imposible porque los sistemas de bombeo estaban detenidos. El caso es que, desaseada la población, al día siguiente ya se vendían en las calles las camisetas en recuerdo del *black out*. Por un semáforo nos dimos cuenta de pronto de que había vuelto la electricidad. *Walk*, decía en verde. Y esperé que ahí comenzase nuestro viaje de verdad. —

— ISMAEL GRASA

POLÍTICA

A rey muerto, Rajoy puesto

José María Aznar decidió asumir en su segunda legislatura (o, más ajustadamente, en la segunda mitad de su segunda legislatura) el papel de malo. Malo de película, malo de dibujos animados, malo de cómic, malo de culebrón. José María Aznar se convirtió en el malo malísimo para que su partido pudiera seguir mostrando tras su marcha una apariencias inmaculada. José María Aznar se convirtió en el Barón Ashler de *Mazingher Z*; en Hannibal Lec-



Rajoy, el tapado impermeable.

ter, el caníbal; en Glenn Close en *Atracción fatal*; en El actor secundario Bob de los *Simpson*... José María Aznar decidió asumir el papel de chivo expiatorio para que su sucesor surgiera purísimo, como recién salido de la tintorería, sin un hilillo de chapapote en su traje.

José María Aznar es un excelente chivo expiatorio. Su rostro duro, sus cejas gruesas y su voz nudosa se prestan muy bien para componer la figura clásica de malvado. A nadie mejor que a él se le podía acusar del desastre del *Prestige*, de la guerra en Irak, de las chapuzas de Puertollano, del trasvase del Ebro, de los retrasos del AVE. José María Aznar cumple a la perfección su papel de presidente responsable, sobre todo en el error: las buenas cifras de empleo o de crecimiento económico podían ofrecerles los ministros de su gabinete con una gran sonrisa. Quizá no haya sido una estrategia, pero los resultados han sido inmejorables. Mariano Rajoy ha aparecido como un sucesor blanquísimo, simpático, que, aunque las autoridades sanitarias adviertan que fumar produce cáncer de útero, sigue fumando puros, y que ha conseguido que todas las malas acciones del gobierno del PP pasaran a la cuenta de su antecesor, el chivo expiatorio José María Aznar.

El País, en su extenso informe dominical sobre Mariano Rajoy, apenas podía señalar en su contra una bronca que mantuvo con Gaspar Zarrías, consejero de la Junta de Andalucía. La bronca, y su condición de chico de la clase media de provincias y derechas, aplicado y fiel

a su padre. Su condición de chico bueno ha sido igualmente apreciada por la ciudadanía que, por encima del 60%, considera que ganará las próximas elecciones generales. Buena parte del electorado del PSOE tiene poca confianza en su candidato, José Luis Rodríguez Zapatero, que, como Mariano Rajoy, pasó la infancia en León.

El PSOE se ha visto obligado, dado el éxito mediático de su nuevo oponente, a ofrecer caras de repuesto. Una era muy conocida, la de Alfonso Guerra, que vino acompañada de su particular sentido del humor. Antonio Gala, en *El Mundo*, no apreció el chiste y echó una bronca a Guerra por sus acusaciones homófobas hacia Mariano Rajoy.

La otra cara de repuesto en el PSOE ha sido la de Carme Chacón, nueva portavoz de la ejecutiva. Carme Chacón intentará desgastar a Mariano Rajoy, a quien acusó de no ser suficientemente nuevo ni suficientemente bueno, con lo que parecía querer decir que les había dolido la confirmación de su condición de sucesor. Mariano Rajoy, exiliado de tareas parlamentarias, no va a perder ni un segundo en discutir con Carme Chacón.

Mariano Rajoy hizo inmediatamente una visita al rey en La Zarzuela y todos los informativos nos mostraron las imágenes de la visita, llena de cordialidad. Mariano Rajoy y el rey tienen parecida estatura y cierto aire de familia: la cara colgada hacia abajo y una extraña facilidad para transmitir campechanía, aunque por dentro, y nunca se pueda saber, les estén corriendo los mil demonios.

El chivo expiatorio José María Aznar se ha mezclado en la televisión con otros chivos expiatorios. España es un país que adora los chivos expiatorios, los entiende casi como una razón de ser. Dolores Vázquez jugó un papel de chivo expiatorio, aunque no por gusto, como parece haberlo jugado José María Aznar. A Dolores Vázquez la condenaron por ser lesbiana, y sobre todo por ser lesbiana y no arrepentirse de ser lesbiana. Las nuevas pruebas de ADN que han salido a la luz tras el terrible asesinato de Sonia Carabantes en Coín

parecen corroborar que Dolores Vázquez ha sido un chivo expiatorio involuntario. ¿Se harán cargo las televisiones de los daños causados en Dolores Vázquez por el clima social que consiguieron crear? Esto sólo era una pregunta retórica, no se preocupen.

Gaspar Zarrías ha aparecido más en la televisión por el affaire Isabel Pantoja que por haber tenido una bronca con Mariano Rajoy: Gaspar Zarrías afirma que Mariano Rajoy tiene buen carácter mientras se le da la razón y que se enfada cuando no se le da la razón. Al parecer, Isabel Pantoja, medalla de oro de Andalucía, pidió audiencia con Gaspar Zarrías para intentar evitar la moción de censura contra su novio, Julián Muñoz, alcalde de Marbella. Para desinformados: Isabel Pantoja no consiguió llevar a buen puerto las negociaciones, aunque consiguió que la televisión andaluza dejara de dar noticias sobre su historia de amor.

José María Aznar cumple tan bien su papel de chivo expiatorio que los desheredados de la sucesión, Jaime Mayor Oreja a la cabeza, le echan la culpa de su desgracia, aunque sea verdad. —

— FÉLIX ROMEO

MEMORIA

Ravensbrück: sólo para mujeres

Hace un año estaba en Berlín como invitada a las actividades de Mexartes-Berlín. Con los también invitados Bolívar Echeverría y Marta Zapata decidimos visitar el campo de concentración de Ravensbrück, destinado solamente a mujeres, que se encuentra a una hora de tren de Berlín, cerca de un río y de un lago. Es más, el lugar para pasar la lista diaria está justamente enfrente del bello lago, junto al crematorio y una especie de callejón sin salida donde los SS se entretenían cazando a las detenidas; cerca, muy cerca, las celdas de tortura y las barracas con largas filas de literas de tres pisos. El edificio, donde estaba la comandancia del campo, se ha convertido en museo,

y en las paredes hay algunas pinturas y dibujos de mujeres que habitaron el campo entre 1941 y 1945, por ejemplo Maria Hiszpánska, Helen Ernst, Felicie Mertens, France Audoul y Violette Lecoq, muchos de ellos recreados después de su liberación.

En la primera planta, y a manera de introducción, hay fotografías de mujeres jóvenes o viejas con peinados sencillos de campesinas rusas o polacas o de ciudadanas ataviadas como las artistas de cine de finales de los años 30; también varios recuerdos enmarcados: un pañuelito bordado, una cajita de laca, un pocillo de peltre, un peine roto, un espejo fracturado, un cuadernillo de notas, un cepillo.

La mayoría eran presas políticas, provenientes de muy diversos países: miembros de organizaciones partisanas, alemanas acusadas de no afiliarse al nazismo, varias perseguidas por sus creencias religiosas (hay algunas monjas y activistas cristianas), otras más por su procedencia étnica (las judías y las gitanas), y muchas otras más por haber protegido a quienes perseguía el Estado nazi. Un estricto sistema clasificatorio colocaba en jerarquías herméticas a cada una de las presas (o los presos) de un campo, por su procedencia étnica y geográfica, el tipo de delito (o lo que se consideraba delito, incluyendo la homosexualidad) o hasta por su capacidad de resistencia o reincidencia. Se trataba de un trabajo esclavo para la empresa Siemens; eran costureras, cortadoras, encuadernadoras, bordadoras, dibujantes.

La biografía y los retratos de 26 mujeres de diferentes procedencias y profesiones permite sacarlas del anonimato al que fueron condenadas, además de la historia común que compartieron, cada una con su individualidad, su historia específica, una fisonomía particular, lenguajes diversos, culturas encontradas, tradiciones e inclinaciones distintas. Me llama la atención la historia de una polaca que aparece con una niña raquíca en la foto: llega embarazada al campo y allí da a luz a una hija que por la mala nutrición y las terribles condiciones de su estancia vivirá de por vida

con el síndrome del campo de concentración: debilidad de la vista, presión alta y neurosis vegetativa.

Nanda Herbermann, la prisionera número 6582, alemana católica, es especialmente interesante por la ambivalencia que manifiesta cuando escribe su historia en un libro intitolado *El abismo bendito*, partiendo de la idea de que ha sido destinada a vivir en el campo para probar su fe, una fe que pone de relieve y sin reconocerlo su racismo, pues como buena germana desprecia a sus compañeras de sufrimiento, incapaces de cumplir al pie de la letra con las consignas de orden, limpieza y disciplina que los alemanes tomaban como cualidades innatas de la raza superior. A pesar de esta intolerancia, ¿involuntaria?, Herbermann realza la capacidad de resistencia que tuvieron muchos alemanes y, en Ravensbrück, las alemanas y las europeas que se atrevieron a rechazar la tiranía nazi a pesar de las terribles consecuencias. —

— MARGO GLANTZ

FE DE ERRATAS

Quisiéramos poder achacar al *tsunami* de calor que asoló el continente la mutación de la décima que cerraba el Perfil de Severo Sarduy publicado en nuestro número de septiembre, y que apareció (desprovista de sus dos versos finales) como octava demasiado real a los ojos de nuestros lectores. A ellos pedimos disculpas, así como al autor del ensayo, el escritor Gustavo Guerrero. Reproducimos ahora, cumpliendo su promesa inaugural, el texto íntegro de la décima:

Volveré, pero no en vida
que todo se despelleja
y el frío la cal aqueja
de los huesos. ¡Qué atrevida
la osamenta que convida
a su manera a danzar!
No la puedo contrariar:
la vida es un sueño fuerte
de una muerte hasta otra muerte
y me apresto a despertar.—